

## **Joaquín de la Peña Fernández Sevilla 13 de Mayo de 2000**

- **I.- La Gloria de una Iglesia**
- **II.- El pórtico de la Gloria**
- **III.- La Gloria de los caminos**
- **IV.-La Gloria de una Ciudad**
  - **El aroma**
  - **El sonido**
  - **El alma**
- **V.- La Gloria en la ciudad**
- **Epílogo**

---

A vosotros, los que besáis realmente la mano de la Virgen,  
y los que aún esperáis en la ciudad de la Gloria,  
enseñando como maestros y maestras,  
los secretos de nuestras Hermandades.  
A mis hermanos y hermanas.  
A mi madre, a Rosario y a María del Pilar.  
A Joaquín y María de Todos los Santos  
que aprenden en el vivir cotidiano de la Hermandad  
los caminos de la Gloria.  
A María Luisa, que la construye a fuerza de amor y de trabajo.

**A mi padre.**

### **AGRADECIMIENTOS**

Quede constancia escrita de la deuda que el pregonero ha contraído con aquellos que pusieron sus manos, su sonrisa y su cariño para completar este pregón.

Con mi señor Arzobispo que, siempre atento a las necesidades de sus hermanos, supo alentar en el momento adecuado mi palabra.

Con mis compañeros de la Junta Superior del Consejo General de Hermandades y de la mesa de oficiales de mi Hermandad Sacramental de Nuestra Señora Reina de Todos los Santos, que cubrieron sin dudar los muchos huecos de obligaciones no cumplidas por el pregonero.

Con mi familia, que soportó las horas de soledad frente al teclado sin musitar ni un atisbo de queja.

Con el Cabildo Catedral que, una vez más, convirtió el templo mayor en la casa común de las Hermandades de Gloria y, personalmente, abrió sus puertas y resquicios al pregonero.

Con el personal de la Catedral: Alfonso Jiménez, Teresa Laguna, Margarita, Raquel; que, pendientes de mil detalles, fueron los priostes del pregón. Y junto a ellos con Pepe, Paco y José Luis, sacristanes admirables, que convirtieron cada necesidad del pregonero en una solución buscada con cariño de hermanos.

Con mis compañeros de mesa y trabajo, que aguantaron pacientemente mañanas de nervios por una frase inconclusa.

Con aquellos a los que se debe la hechura del libro del pregón. Emilio Sáenz, Luis Arenas, Lola Álvarez. Muy especialmente con Pedro Bazán y Antonio Pinelo, que realizaron el milagro de fijar en el papel lo que sólo hubieran sido palabras en el aire de Sevilla.

Con todos los cofrades de Sevilla que confiaron y animaron al pregonero y que rezaron por él, transmitiéndole seguridad y cariño. Especialmente con mis hermanos del Santísimo Cristo del Amor que me hicieron sentir el privilegio de vivir un trozo de la Gloria el Domingo de Ramos y con los de la Divina Pastora de las Almas, que ofrecieron la delicada envoltura de las cubiertas.

Con la Hermandad de la Alegría, que dulcificó el difícil momento del Pregón con la mirada de Nuestra Señora.

A todos ellos, con los brazos y el corazón abiertos, sólo les puedo decir gracias de hermano a hermano.

---

## **I.- La Gloria de una Iglesia**

Había recorrido las escasas calles que separaban un puerto aún marcado por cadenas, de las jambas de una mezquita solitaria y triste. Aquella mañana fría del 22 de diciembre de 1248, Fernando III divisaba una ciudad sombría, melancólica, vacía. Señores y caballeros, arzobispos y preladados daban lustre y colorido a una comitiva que serpenteaba por entre casas de una sola planta y que avanzaba bajo el sonido de chirimías y tambores, de laúdes y zanfoñas. La Corte de Castilla sentaba sus reales en la Isbiliya árabe y restauraba su Iglesia, aquella que había sido llamada ya en el siglo VI, la Sancta Ierusalem.

La sede de Isidoro y Leandro, huérfana de pastor desde hacía más de un siglo, volvía a contar con obispo e Iglesia Mayor y ésta se dedicó a Santa María.

Quizás pudiera intuir el Santo Rey que la tierra que tanta gloria había dado a la Iglesia volvería a ser origen de riquezas espirituales para la misma; o quizás, alertado por la belleza de un cielo azul que se desplomaba en la frontera infinita del río, embriagado por el feraz aroma de jardines y palacios, cautivado por el alma comprensiva de una ciudad que se desparramaba por las verdes huertas de Triana, quizás por todo ello, no confió en sus hombres y mujeres y puso por protección a Santa María.

Luego vendrían años y siglos a completar una historia que hoy, a vueltas del segundo milenio se nos hace tremendamente corta; y en ella cientos de páginas ilustres que se dan cita, precisamente aquí, en el corazón de la diócesis, entre los muros y vidrieras de esta casa, huella de la mano de Dios en los cinco dedos de sus cinco naves; y en el centro de todas, anudando el corazón con un anillo de sentimientos, Santa María.

Allí descansa el Almirante que abrió a la Iglesia las puertas de un Nuevo Mundo; a su lado, casi imperceptible, tan humilde como vivió, el santo arzobispo don Marcelo; más allá el obispo Scalas, criado y amigo de los papas Julio II y León X; frente a la puerta mayor, don Hernando Colón, y su lado, gastadas por las pisadas de Sevilla, la imagen de una nave que llevaba por nombre Santa María.

Entre ellos, toda la historia de nuestra Iglesia; santos y venerables, cardenales y arzobispos, nobles y militares, comerciantes y gentes del pueblo; don Remondo y Bueno Monreal, Micer Gabriel de Gibrleón y don Juan Mate de Luna, los Pinelo y la Saunina. Y siempre, centrándolo todo, Santa María.

La Madre de Dios hecha Gloria de Sevilla y de su historia, desde las Batallas o los Reyes a los Dolores, Inmaculada y Pilar de nuestra Fe, del Coral o de la Antigua, del Buen Aire o de Génova, todo un compendio de amores que se resumen en un título marcado en el escudo de la ciudad, Santa María.

Y en el centro de esa historia, quienes aquí nos encontramos hoy, las Hermandades de Gloria de Sevilla, todo un universo de estrellas que se dispersan por un firmamento de plazas y calles, de templos y capillas, y que configuran la urbe durante todo el año como ciudad mariana.

Es esa voz, vuestra voz, la que se alza hoy en medio de esa historia, como parte irrenunciable de una Iglesia que se abraza en torno a su pastor como lo hacen nuestros Niños a los brazos de la Virgen. Aquí llegamos con la misma humildad que aprendimos de nuestros mayores, dos mil años después de que el Verbo se encarnara en las entrañas de la mujer de Nazaret, setecientos cincuenta años después de que María Santísima de los Reyes sintiera por vez primera el calor del sol de Sevilla en su rostro, transcurridos ciento cuarenta y cinco años desde la proclamación del Dogma de la Concepción Inmaculada de la Virgen. Nosotros, las Hermandades de Gloria de Sevilla, publicamos a los cuatro vientos de esta ciudad que Ella, la Llena de Gracia, sigue siendo nuestra Alegría y nuestra Salud, nuestro Amparo y Luz, Rosario de plegarias a sus plantas que descubre el Misterio de nuestra Fe y Esperanza de Salvación, Rocío que nos empaña hasta convertirse por caminos y sendas en arroyo cristalino de Aguas que calman nuestra sed de Dios y que serán Nieves de promesas en Santa María la Blanca, monte elevado del Carmelo que se transforma, atravesando el mar, en cerro donde pastorea nuestras almas, y Reina de los Santos del cosmos y de nuestro corazón.

Y todo ello lo proclamamos al mundo desde lo alto de nuestra torre mayor, agarrados firmemente a aquello que nos fue dado y que transmitiremos como el tesoro más preciado, la Fe en un Dios tan bueno y compasivo que se hizo Niño y habitó entre nosotros, y que murió y resucitó para quedarse definitivamente dormido en los brazos del Altar que Sevilla le hizo en la Macarena.

Es esa voz a la que hoy presta su timbre mi garganta. Aún permanece el estremecimiento que sentí al ver elevado sobre el estrado que nos acoge el inmenso altar de plata que labrara Juan Laureano de Pina. Ocupar este atril desde el que celebramos en la diócesis el Gran Jubileo de la Encarnación de nuestro Dios; que mi voz quedara impresa entre las rendijas de los pilares heridos de esta Iglesia, aquí donde San Vicente Ferrer y San Antonio María Claret dieron elocuentes muestras de oratoria, aquí donde cartas pastorales y homilias de arzobispos han conducido al pueblo de Dios y explicado la doctrina, aquí...

Busqué entre los más recónditos entresijos del alma para encontrar algún aval con el que presentarme ante vosotros y, a pesar de los entrañables esfuerzos del señor concejal por encontrarlos -lo que muy sinceramente agradezco-, no hallé mas que uno, el de ser cofrade de Sevilla.

No se encuentran en mí la profundidad teológica del cercano Cardenal Cervantes, que fue enviado como legado pontificio al Concilio de Basilea y cuyos textos tienen la rotunda profundidad de los sonidos de la Santa María, la mayor de las campanas de nuestra torre. Tampoco la expresión es alegre y melodiosa como las cantigas de mi señor, el rey don Alfonso, que nos dejó en loor de Santa María el repique sonoro de la San Cristóbal. Más bien es mi palabra como la pequeña esquila que, escondida, apenas visible por un recodo de la calle Placentines, avisaba torpemente a los campaneros de la Giralda del instante exacto en que debían resonar los bronce viejos de las veinticuatro campanas de nuestra torre y que por no tener, ni nombre tiene.

Mira la belleza del sol: cuando sale, muestra una ceja de oro, mostrándose avaro de la otra. Pero sabemos que no ha de continuar siendo avaro, y que desplegará por todas partes el velo de su hermosura.

Ben Abi-I-Haytam, de Sevilla

---

## II.- El pórtico de la Gloria

Y sin embargo, el sonido de esa esquila habrá de llegar hasta el último de los confines de la ciudad, porque es hasta allí adonde alcanzan nuestras corporaciones. Seguras de que siguen siendo un instrumento válido para acercar el hombre a Dios, surgen en barriadas nuevas, Hermandades de Gloria que encauzan la religiosidad de un pueblo que se siente cercano a las imágenes y que toma a la Hermandad como referente que les une y cohesionan.

Sus imágenes no recorrerán estrechas calles empedradas, cercadas por viviendas de alturas accesibles a la comprensión humana; ni el reflejo de la cera se fundirá con las cales o la almagra. El tópic y la estética de una Sevilla de postal quedaron para otras corporaciones, y sin embargo, ellas también son Glorias de Sevilla.

Sólo el frío ladrillo será testigo mudo del tránsito de la Hermandad del barrio, esperpénticos edificios construidos sin tener en cuenta la medida del hombre han sido elevados desde el suelo hasta sobrepasar mirillas y azoteas; han crecido, pero sin mirar el cielo de Sevilla. Hermandades nuevas de cofrades viejos que luchan por sembrar la mejor Sevilla en macetas de nuevo cuño y cuyo trabajo merece el aplauso y el reconocimiento.

Son las nuevas puertas de la ciudad, un pórtico de la Gloria que reúne en su arco advocaciones e imágenes que, poco a poco, van formando la personalidad de parroquias y barriadas y que desmienten por sí mismas la tan manida decadencia de nuestras corporaciones.

Profundamente compungida, Nuestra Señora de los Desamparados, en el Parque Alcosa, lleva veinticinco años soñando con llegar hasta las últimas ventanas de los grandes bloques, en donde vecinos curiosos se enfrentan a una manifestación de la religión que apenas comienzan a conocer y que quizás no comprenden. La Virgen del Juncal, pequeña, rígida en su configuración llenará el barrio de nuevos aires de paz y esperanza; y en Heliópolis (la ciudad del sol) resplandecerá la juvenil dulzura del Inmaculado Corazón de María. La Candelaria en Madre de Dios, llevando los aromas de las islas de allende, San José Obrero, Valvanera, San Antonio en Torreblanca o la Virgen de la Anunciación en Juan XXIII, la única imagen sevillana que, antes de ser expuesta al culto, pasó la aprobación de sus devotos. Todas ellas configuran este pórtico donde en el parteluz, se destaca el resplandor de Nuestra Señora del Sol.

Quizás quien no conozca el interior de esta Hermandad pueda pensar al verla que se trata de una corporación penitencial. Si tan sólo os acercáis una tarde de septiembre y observáis la cara dolorosa de la Virgen, quizás preguntéis dónde está la gloria de esta Hermandad. Para verla tendréis que aguzar la vista y en la cintura truncada de María observaréis un pequeño resplandor; es el Sol de Justicia, el mismo Niño Dios de tantas de nuestras imágenes que se hace letanía gloriosa y que encuentra en Ella el verdadero trono de la Sabiduría, la Torre indestructible de marfil, la verdadera Arca de la Alianza que realiza Dios con su pueblo.

Pero si queréis profundizar más mirad los ojos de sus hermanos, estrechad sus manos, contemplad su dedicación, su fidelidad y su paciencia y entenderéis que en su humildad son los mejores exponentes de toda una tradición de Hermandades de Gloria de la ciudad. Por todo ello se merecen algo más, al menos un lugar donde orar con dignidad, al menos formar parte de una comunidad parroquial que los acoja con cariño, al menos sentirse comprendidos y amados por una ciudad que sabe de sus esfuerzos. Permita mi señor Arzobispo este atrevimiento de quien hoy se siente voz de los suyos; porque saben y sabemos que ocupan un lugar en su corazón procuremos conseguir, entre todos, que ese rincón espiritual de Sevilla, se convierta también en un templo para Nuestra Señora del Sol.

Es el mismo Sol que alfombra de dibujos el cielo de Triana cuando en el Barrio León sale la dulzura y el encanto de la Virgen del Rosario. Es distinta su cara de niña, distinta su expresión alegre, distinto ese adelantar sus suaves manos para alcanzar quizás, alguno de los adornos con los que los vecinos engalanan calles y plazas porque es su fiesta, la fiesta del barrio.

En esas mismas fechas, muy cerca, unos hombres en la Catedral de Triana habrán subido a su peana a la Madre de Dios, encajarán candelabros, girarán con seguridad y fuerza guardabrisas y codales y un revoloteo de traviesos ángeles serán colocados donde se pueda, después de

que hasta el mudo haya tenido que correr tras ellos por las esquinas de la Iglesia de Santa Ana. Llegarán nardos y gladiolos y la melancolía de la Madre de Dios del Rosario se tornará alegría cuando una mano conocida haga caer el martillo por vez primera.

Sus hijos, los capataces y costaleros; su barrio, Triana; y se paseará orgullosa, dejando caer sobre sus hombros las guedejas gitanas de su pelo negro, y entonces será la vecina que viene a devolver visita a quien tantas veces fue a verla en el año que se acaba, y se entablará un diálogo, tan de "tú a tú" que aceptará la plegaria sencilla de quien va a entregarle flores, no ya para que le conceda algún favor, sino para que no se enfade con ella.

Y ese bendito descarro trianero, esa familiaridad con María, llegará a su culmen cuando, ya en las primeras horas de la madrugada, regrese cansada, y el cura, ese buen cura de Triana, como el tío protector de la familia, tenga la santa osadía de reñirle a la Virgen y, en tono más paternal que amenazante le diga, "María, qué horas son estas de llegar a casa de tu Madre".

Tiene cinco surtidores  
ese verde manantial  
a cual de ellos mejores.  
Cinco surtidores tiene  
y se alimenta de sal,  
contrabando sin igual  
que de la misma mar viene  
como alta y blanca quilla  
siendo el alma su camino.

Aurelio Verde

---

### III.- La Gloria de los caminos

Es esa misma Triana que se hace sendero y polvo y carreta, romero y eucaliptos. Caminos antiguos del Aljarafe vacíos de peregrinos; caminos de arena y pedregales, de cactus y chumberas, de troncones y alambres de espinos, que un abuelo (gorra y pantalones grises, garrota firmemente agarrada por los surcos profundos de sus manos) describía a la puerta de la casa, sentado en la enorme piedra redonda de granito, mientras la paleta celeste del firmamento mezclaba mágicamente los colores hasta emborronar el cielo de un negro suave y aterciopelado.

Apenas unas luces tímidas y débiles, colgadas de un plato verde, alumbraban la narración, seria e inmóvil. En ella, mujeres con pañuelos ocres anudados en la nuca; soledades de caminos donde el pisar de las alpargatas, el canto alegre de las sevillanas o el rezo del Ave María, rompían el silencio de la creación; pasos de arroyos y cruces sin protocolos ni horarios, sólo con la ley de la Hermandad rociera y el corazón franco por delante. Los aires de la gaita y el tamboril volaban en sus recuerdos de la mano de un bisabuelo y el Rocío, ese Rocío lejano entonces, quedaba así pintado en blancos y negros.

Luego la visión de las grandes (inmensas) ruedas de las carretas en la mente del niño, y el mirar intrascendente y cansino de las bestias, fueron descubriendo otro Rocío. Una romería de multitudes y ruidos, de intranquilidad y zozobra, de carreras y discordias.

Pero al final, sólo un nombre habrá de llenar una y otra; sólo un nombre quedará en el aire de los siglos. Aquel que al ser pronunciado, aleja toda tormenta, el que al lanzarse a los vientos siembra de paz las sementeras, el que es signo de una cara, el que una sonrisa muestra. Si ese nombre no está en los labios de quien hasta ti se acerca, si no está en el corazón de quien hasta la aldea llega, si es sembrador de discordia y no de armonía; entonces hermano piensa que estás enterrando un nombre, y que ensuciando ese nombre manchas la blanca dulzura de la Virgen que te espera.

Y no confundiros, porque el camino no empieza en la frontera de un río, sino aquí mismo, a nuestra vera, entre las cálidas gentes de una ciudad que se despide y espera. Es el andar ilusionado de quienes durante tantos años marcaron la senda y esa mañana, cubierta ya una etapa de su vida, no pueden recorrerla. El geranio cambiará su olor por el romero, las pilistras serán racimos de matojos por un día, los naranjos altos pinos, y el adoquín, derretido por el amor de unas gentes, grava y arena. Entonces allí se producirá el milagro, y el mismo Cristo recordará tantos caminos de ida, tantos caminos de vuelta. En el Mar de Galilea, o en Judea o en la misma Samaria, fueron los mismos caminos, algunos por verla a Ella, a su madre. Por eso el Cachorro agonizante, cuando se van las carretas, tiene nublada la vista, no por dolor o por pena, sino por pura tristeza de no poder hacer el camino con Triana.

Toda la ciudad se hace campo cuando salen, cuando llegan, Sevilla-Sur, Triana y Sevilla, el Cerro y la Macarena. Y habrá dos arcos hermosos que acogerán Simpecados, cuando salen, cuando entran. En uno pone Sevilla lo mejor de lo que tiene; arriba, muy en lo alto, una espadaña de plata y oro, y en medio, en la clave de la carreta, la alegría y la Esperanza que vive en la Macarena; por frontiles de los bueyes la fortaleza de una cerca que fue muralla, con sus dos torres señeras, envueltas en leyendas de brujas y fantasmas; de aijada para guiar el rumbo, la torre que está en San Gil, y de faldón un hospital de leyenda. La gente que va al Rocío y es de la Macarena tiene por carreta un arco que abre Sevilla entera.

El otro arco, la otra carreta, más triste por ser carreta de vuelta, más señorial, tiene a la misma ciudad en su arco frontalera, con los santos protectores subidos también a ellas. De frontiles las mismas puertas de esta Santa Catedral, de candelabros de cola un Arenal que se hace Baratillo y resplandor en los reflejos de oro de una torre; de Simpecado a la que nació Pura y Limpia y detrás, pegados a la barra, un río azul de gentes que se desparraman en amores y quedan marcados como el surco profundo de las huellas de las ruedas.

Sevilla Sur, el Cerro, El Salvador, Triana y la Macarena; cinco Hermandades que se van, dejando huérfana la ciudad de la frescura, de la sencillez, de la dulzura de una cara; cinco Hermandades que llegan devolviéndole a Sevilla la alegría y la esperanza de una gloria que es eterna, que es cosecha recogida en las marismas abiertas.

Eres niño y has amor:  
¿qué farás cuando mayor?  
Pues que en tu natividad  
te quema la caridad,  
en tu varonil edad  
¿quién sufrirá su calor?  
Eres niño y has amor:  
¿qué farás cuando mayor?  
¡Oh amor digno de espanto!,  
Pues que en este niño santo  
has de pregonarte tanto,  
cantemos a su loor:  
Eres niño y has amor:  
¿qué farás cuando mayor?

Fray Iñigo de Mendoza

---

#### IV.-La Gloria de una Ciudad

Las raíces del tiempo  
la luz cada hora renacida,  
la lóbrega espiral del silencio,  
El llanto insonoro de  
la piedra o la honda atracción  
de los abismos,

hacen que tenga sentido esta quietud  
de siglos, sólo mía.

Onofre Rojano

---

## **El aroma**

Es el campo, abierto y claro, el que se nos mete por entre los goznes del arco del Postigo, cuando nuestras Hermandades de Gloria reflejan su vivir en las hojas de la historia de la ciudad, escribiendo, en muchas ocasiones, no sólo apuntes en los márgenes sino verdaderos capítulos gloriosos en las páginas de la devoción a María Santísima.

Porque Sevilla no sólo huele a romero, juncia y espliego en mayo. Gusta la ciudad de trasladar desde su alfoz aromas y esencias de vez en vez, como si no le fueran suficientes las altas copas de los árboles centenarios de sus parques; como si, encerrada entre murallas y barbacanas, deseara encontrar la libertad de los horizontes abiertos más allá de la línea que señala el Aljarafe. Es entonces cuando el pendón de la ciudad cae sobre las fachadas blancas tiñendo de color carmesí las hojas de buganvillas y jacarandas; cuando el sol comienza a marcar las pautas de un tiempo profundamente intemporal, convirtiendo el gris de las sombras en pesados negros; cuando la luz se abre camino entre las torres y parece que la noche huye asustada ante el poderío del astro, para retornar, apenas durante unos instantes, a intentar esconder la ciudad cada día, escasas horas.

Ahora que Dios, majestad real y realmente presente en nuestras vidas, se asoma a las esquinas y puertas de las casas, solemnemente enmarcado por altas orfebrerías o entronizado entre las manos del sacerdote en nuestras procesiones de impedidos; es precisamente ahora cuando las alfombras de los cerros de la Divina Pastora saldrán a la calle y transformarán el espacio urbano en veredas, y la historia local en historia del mundo.

Helechos y enredaderas, jara y tomillo, se darán cita a los pies de la Pastora Divina como un manto largo, bordado primorosamente con el encaje blanco del rocío de la madrugada. No lleva al Niño en sus brazos, porque Jesús asumió pronto el deber de pastorear el rebaño y, sin embargo, sigue vigilándolo con sus ojos entornados, como si tuviera miedo que el Sacrificio llegara demasiado pronto al Cordero de Dios. Aunque quizás sólo sea que María esté marcando a su Hijo el camino que conduce al Hombre. Se hace así Dios cercano, libre de las ataduras del cariño de su Madre para ponerse irremediamente en las manos del hombre, en tus manos y en las mías.

Es como si ese Niño bendito se saliera por entre los candelabros que en septiembre estallan en mil reflejos en los espejos del paso y se pusiera a nuestro lado para confirmar lo que desde siempre supieron nuestras gentes y que los obispos de latinoamérica expresaron en la Conferencia de Puebla, que "en nuestros pueblos.. María constituyó el gran signo de rostro maternal y misericordioso, de la cercanía del Padre y de Cristo"(282).

Pastoras de nuestras almas que marcan en Triana, San Vicente y San Juan de la Palma las atalayas desde donde explicar al mundo el milagro de nuestras Hermandades de Gloria. Algunas de ellas dormidas durante años, casi escondidas a la mirada de devotos y hermanos, sin conocer el azul del cielo de Sevilla hasta que el tesón y el ímpetu, el coraje y la paciencia de unos jóvenes, hacen que se devuelva a la ciudad un trozo de su patrimonio más valioso.

Y habrá capilla nueva y estrenos y resurgirán barrios en torno a una sonrisa y se ganará para Dios un instrumento, una nueva herramienta que ayude a vivir la Fe a los hermanos; y se ganará para la ciudad una pequeña joya, una pequeña perla quizás, pero sin la cual el collar nunca estaría completo.

Son los milagros de nuestras Hermandades de Gloria; verdaderos milagros de amor en los que la mano de Dios se hace presente llenando de servicio y humildad sus vidas, como expresión y modelo de aquella promesa del Antiguo Testamento, renovada en la Encarnación de un Dios que "exalta a los humildes y a los ricos desprecia vacíos" y que comprobamos día a día en nuestras corporaciones.

Sin el cumplimiento de esa promesa, sin la confianza en Dios que nos caracteriza no habrían sido posibles los milagros de ver de nuevo a Hermandades de Gloria casi extinguidas resurgir, y sentir otra vez el cariño de los hermanos, de los devotos de una imagen; y labrar capillas y realizar estrenos y crear en torno a ellas verdaderas comunidades de fe y amor entre sus hermanos y hermanas; y devolver a la ciudad parte de un patrimonio que irremisiblemente queda tronchado cuando por el dintel o la ojiva de las puertas de una iglesia no aparece el rostro sonriente de una imagen.

Porque la pérdida de una Hermandad es como el símbolo de una ciudad que se quiebra y que ya nunca recuperaremos tras el derribo de una fachada que altera nuestro transitar cotidiano y frente a cuyos muros vivimos horas de nuestra individual y única historia personal. Porque la pérdida de la belleza de una procesión de gloria es como dejar al barrio, a Sevilla, con una casa llena de andamios y grandes desconchados por entre los que se muestran las vergüenzas de una ciudad indolente y despreocupada de su propio ser.

Sevilla no es sólo el aroma tónico del blanco azahar en las versos manidos de las interminables e innumerables noches de primavera de las que está compuesta una imagen que, por repetida, se nos hace casi irreal. Sevilla es, también, el suave y exquisito olor de cuatro jarras de azucenas en permanente vigilia bajo los pies de la Giganta, y el almibarado bálsamo de retama recién cortada que cada Jueves de Corpus nos llega desde San Julián para mezclarse, en la mañana más bella de Sevilla, con el romero, el tomillo y el espliego; y es la dama de noche y el jazmín que nos embriagan desde los patinillos de Nervión cuando la verdad del inmenso Corazón de Cristo abandona las paredes de tantos hogares y recorre las calles de su barrio.

Por eso nuestras Hermandades requieren también la atención de la ciudad, sin condiciones; porque la completan y complementan, porque la hacen plena, hermosa y secular, llena de hondo sentido de la belleza en su sencillez y porque, desde mayo a diciembre, dan plena significación al título que enmarca las armas de la urbe, muy mariana ciudad de Sevilla.

Pero las esencias no quedan recluidas entre los pétalos pasajeros de la flor. Lo son también aquellas que de forma permanente doblan las esquinas, aquellas que, a fuerza de ser compañeros inevitables rodean nuestro cotidiano vivir, aquellas que, sin sentirse, se van adueñando de nuestras personas y se nos hacen compañeros invisibles de nuestro caminar y también de nuestras ausencias.

Y ese aroma se llama en Sevilla Guadalquivir. Un Guadalquivir que corre alegre en la Vega y se remansa en la dársena, como bergantín varado al que sólo le devuelve la vida el monótono ir y venir de las mareas que, desde Sanlúcar remontan, para recordarle a Sevilla que un día fue marinera.

Ese constante trajín de las aguas no sólo son recuerdos de una ciudad de toneleros envueltos en pegajosas fragancias de azumbre y canela, sino también de estibadores marcados por el polvo del carbón y el reflejo de la sal de las bodegas. Pero sobre todo, por encima de todo, el río nos trae la voz de cientos de marineros que, agarrados a una sola ancla, fijan la vista en la Estrella del Norte que es la Señora del Carmen.

Ella es en Sevilla el serviola que avisa de los peligros desde la capillita del Puente, deslumbrante farol que desde el barrio de San Leandro permanece siempre encendido como luz que en lontananza señala el final del camino, mástil erguido que en San Gil soporta con fuerza los embates de los huracanes, vela que se despliega blanca y centelleante en Santa Catalina, y noray que amarra definitivamente el barco de nuestra vida al muelle de la Esperanza en Calatrava.



Pasarán muchos años, pero será la misma voz la que siga gritando desde la cofa antes de la partida "En el nombre de la Santísima Trinidad, Padre Hijo y Espíritu Santo (...) larga trinquete y nos de buenos vientos".

Son pequeñas, entrañables, cercanas, casi mimadas por sus hijos de pura delicadeza con la que son observadas. Se diría que uno casi no se atreve a rezarles; las mira, sí, se detiene ante su rostro; apenas musita una oración de alabanza; pero rogarle, quién. ¿Quién se atrevería a perturbar la sonrisa en Santa Catalina; quién en Calatrava sería capaz de entristecer los diminutos ojillos rasgados de la Virgen?

Sus hermanos le pusieron a una, bambalinas; a otra, ermita que fue santo y seña de devociones en la ciudad y que por fin recuperamos, y a ambas el amor de la dedicación que llegó como llega el río, envuelto en estrellas de plata en las noches claras de julio.

Mientras, el palo más alto de este buque, erguido en San Gil, se mueve de babor a estribor, el gesto inclinado hacia Dios mismo, moreno del sol de la Resolana en la tarde de verano.

¿Qué tiene el agua del río  
Esta tarde tan sentida  
Que parece que mirando  
Al claro cielo suspira?

Federico García Lorca

Es que se detuvo en la Alcantarilla Real cuando una niña, tan sevillana, tan bella, quiso asomarse a su vera. La Virgen de las Mercedes, corona de encaje y seda, quiso quedarse asomada, pegada, junto a la reja. No hace falta que en septiembre, sobre su trono dorado, salga a Sevilla, porque Ella está en la ventana y en la ventana te espera.

La Virgen de las Mercedes, es la Puerta Real del cielo, Virgen de la Anunciación, serena y fresca, con el Niño recién sembrado en su vientre, espiga nueva, pan del cielo que ha bajado oliendo a Campiña y a tierra fresca. La Virgen en silencio baja la vista y espera, mientras el Guadalquivir, remansa su curso, sólo por verla.

Cuando ya estuvo el Todo y el Todo estaba en todo,  
tu estabas y cabías,  
y del Todo surgiste engendada en la azul transparencia total.

(...)

Y aunque no le faltara ni un acento a la música  
que añadir, fue tu trino  
quien sonó gratamente y aportó a la Armonía  
de la Creación el verso.

Pilar Paz Pasamar

---

## El sonido

Todas esas mareas de amores se confunden inevitablemente cuando (otra vez el caleidoscopio de Sevilla) los sonidos se mezclan con los silencios. Surge así un irreal y mágico gradiente de tonos y contratonos que componen la sinfonía de la ciudad.

Alegre y bullicioso estribillo de canciones infantiles y de risas de juventud en la Trinidad. Estrofas que nos hablan de tiempos vitales, mágicos, casi fantásticos, cuando la responsabilidad se endulza con el ímpetu por vivir cada minuto convulsivamente, atrapando los bordes de una realidad que se escapa fugaz de nuestras manos.

Es entre ese estentóreo griterío de una juventud convulsa donde nos encontramos cara a cara con Ella. El auxilio que nos llega desde la seguridad de su mirada. María Auxiliadora, la Virgen perfecta. No demuestra su rostro pena ni amargura, alegría ni esperanza y, sin embargo, es por ello que la encontramos como la mujer fuerte de la Biblia, capaz de dar seguridad, tranquilidad, sosiego, en el mar embravecido de los sentimientos juveniles.

Y es en su ejemplo donde las Hermandades de Gloria tendremos que asegurar nuestro futuro, que vendrá de la mano de una juventud que encuentre en nuestras corporaciones un lugar de trabajo, un lugar de oración, un lugar de encuentro, un lugar de atención al hermano. Unas comunidades vivas e ilusionadas, seguras de sí mismas, sin temor al futuro y sin necesidad de imitar nada ni a nadie.

Pero esa juventud no llegará a nuestras Hermandades si permanecemos reclusos en nuestras salas de cabildos, tristes, temerosos de enfrentarnos cara a cara con los hombres y mujeres de nuestro tiempo, como los apóstoles antes de Pentecostés. Es necesario fiar todo en ella y salir; salir a las calles y las plazas y gritar nuestra fe; mostrar a los jóvenes una manera diferente de hacer las cosas, ni mejor ni peor, tan sólo diferente en las formas. Enseñar a las gentes la sonrisa bendita de nuestras vírgenes, nuestra confianza en su Auxilio y protección.

Y si en esta sociedad multimedia tanto ha cambiado el poder de la imagen que la repetición de la misma les ha hecho perder la capacidad de asombro, si nuestras sagradas imágenes no son suficiente reclamo para acercar los hombres a Dios; vivir la Fe como hermanos hasta hacer que cuando alguien se acerque a nosotros comprenda lo que somos por cómo nos queremos.

Y si nos asustan los nuevos lenguajes del mundo moderno, si no comprendemos ni somos capaces de explicarnos ante esa juventud, no temer; y salir, salir, porque el Señor nos dará el don de lenguas y el Espíritu la fuerza para seguir.

Y si aún así encontramos el rechazo a nuestras palabras, si aún así se cierran las puertas, y las ventanas permanecen tapiadas y los corazones sellados por el egoísmo, sacudid el polvo de vuestros pies y dejad al hombre con vuestro silencio mientras sigue inmerso en el estruendo del griterío.

Silencios de Pura y Limpia que claman desde su capilla, Ave María; silencios de mañanas de la Virgen que gritan desde el voltear de las campanas, Ave María; silencios de hospitales que acogen a la Divina Enfermera y que desde el dolor responden, Ave María; silencios en San Onofre, cercados por el trajín del transcurrir cotidiano de los hombres y que desde la soledad de la oración musitan, Ave María.

No habrá varales, sólo los brazos de unos hermanos cuando haya que trasladar a la Virgen del Postigo. Son como Hermanas de la Cruz las dos Inmaculadas en las calles de Sevilla. La una, enmarcada en el baldaquino de su triunfo, gritando al mundo el agradecimiento de la ciudad por ahorrarle tristezas y muertes; la otra, tras la reja de la capilla, es sencillamente la muda, la que no habla, la que hace suya la verdad del Eclesiastés "No te precipites a hablar, ni tu corazón se apresure a pronunciar una palabra ante Dios". No habla y sin embargo es la puerta del alma de la ciudad, pozo de nuestra fe, huerto cálido de miradas escondidas de conventos a nuestro paso.

Comprobadlo cuando, como novicia, la Pura y Limpia traspasa las puertas del Convento de la Encarnación y allí, en uno de los lugares reservados por Dios para contemplar la Gloria, forma coro con las voces de las hermanas. Ella calla y Sevilla responde Sin Pecado Concebida.

Las banderas azules han llegado hasta lo alto de la Giralda. Una tuna canta a los pies de otra Inmaculada. En las Hermandades se celebró la vigilia. Juan Castro espera impaciente que llegue el cura para celebrar el último día de Novena y la Pura y Limpia, callada, preside el altar del Monasterio.

Sale el Sol, procesión de entrada por estas mismas naves, solemne pontifical con ternos celestes, muchas Hermandades de Penitencia celebran sus besamanos y funciones en honor de la misma Pura y Limpia. La del Postigo también recibe el homenaje de sus hijos donde siempre, en el arco. Cae la noche, se acaba la fiesta de la Inmaculada.

Octava a prima tarde, las plumas de los seises sacuden siglos de historia y sus voces se enredan entre versos delicados; algún sevillano asiste al culto; las iglesias, vacías. La fiesta más grande de Sevilla después del Corpus, el mayor timbre de gloria de la ciudad; el mayor exponente de lo que somos capaces de conseguir, reducido a la mínima expresión.

Quizás sea el signo de lo que Sevilla fue y perdió. Que nadie pretenda justificarlo como adaptación a los tiempos, como símbolo de una modernidad de nuevo cuño que se olvida que fuimos capital del mundo económico y de la cultura y que hoy, encerrada en reduccionistas esquemas, encorsetan a la ciudad y a nuestras Hermandades en tópicos sin encontrar la esencia, la pureza de unos contenidos que, muy a menudo, se confunden con lo accesorio y lo banal en aras del fantasma de una supuesta tradición tan manoseada como falsa.

¿Quién profundiza hoy día en la solemne verdad de la Virgen de los Reyes? ¿Cuántos sevillanos visitan la majestad del silencio de esa trilogía mariana que son la Virgen de las Aguas, la Virgen de los Reyes de la gremial Hermandad de los sastres, o la silente y callada clausura de la Virgen de los Reyes de San Clemente? ¿Quiénes acuden a buscar cobijo a quien fue devoción del mundo, primera imagen coronada de la ciudad y cuya iconografía se sembró desde Sevilla por el mundo entero?

Será entonces cuando tengamos que reconocer que el verdadero sonido de la ciudad no se encuentra sólo en las notas, punzantes como alfileres, de las cornetas, ni tan siquiera en los huracanes de sonidos temblorosos "resonantes con el imperio de las trompetas que han de convocar a las almas en el día del juicio" (L. Cernuda) o en los suspiros de quejas fantasmales que exhalan los tubos de los órganos de esta Catedral, pulmones que se agitan con la respiración de los siglos. El verdadero sonido de la ciudad es también, y sobre todo, el silencio.

Silencios de mañanas de invierno, envueltos los retorcidos troncos de la majestad arbórea de la plaza de San Pedro, entre la gloria de nubes bajas que acompañan los pasos de miles de devotos camino de Santa Catalina, donde una santa mujer, cada 13 de diciembre, siembra la esperanza de que se haga realidad la profecía de que los ciegos ven. Y por los ojos de enfermos y familiares descenderán cascadas de lágrimas que se convierten en oraciones bajo la mirada profunda de Santa Lucía.

Silencios de tardes de verano, el sol cae pesado sobre callejas y adarves, el día se hace interminable. La ciudad detiene su pulso inevitablemente, indolente, pausado. Al crepúsculo, un desfile de hombres y mujeres se acercan, se diría que sonámbulos, cumpliendo ritos de siglos, hasta el cobijo de unas piedras que los llaman. Un grito sólo audible para las almas sensibles nos dice que nos espera, serena y quieta, segura en su Majestad divina.

A tus plantas se postra Sevilla. Vaivenes de abanicos en nerviosas manos haciendo sonar el cascabeleo de dijes y pulseras. Chisporroteo de la cera de los bizarrones. Novena de la Virgen.

Manuel, el campanero, se queda esta noche en la Catedral. Dos manos fuertes a fuerza de trabajo se vuelven como de ángeles y calzan zapatitos de plata a Dios. Resuenan pasos intranquillos en la Plaza. Los caminos del Aljarafe se llenan de corazones anhelantes. Vísperas del día de la Virgen.

Rostros de alegría y esperanza. Un pino mayor atrona la ciudad, le contesta humilde la espadaña de la Encarnación. Los vencejos y milanos se llevaron las estrellas en sus picos. Una oración se murmura en la Plaza, caras de sueño de carráncanos, racheo de costaleros, apenas unas palmas por el gozo de la certeza renacida. Mañana de la Virgen.

Tres momentos para un sólo sentimiento que nos abrumba ante Ella, y el silencio. Silencio de oración interior en la Novena, silencio como de madrugada de Viernes Santo ante la tumbilla del paso en las vísperas, silencio de Sevilla en la mañana del 15 de agosto.

La Virgen de los Reyes centra toda nuestra Historia, la de la ciudad y la del hombre, porque entre un Niño Dios juguetero e iluminado y un Dios derrotado, cansado, abatido, cargado con la Cruz, está también toda la Historia de la Salvación. Aquí está la profunda verdad de Sevilla, la alta Teología de nuestras imágenes en el silencio de sus altares, esperando tan solo que alguien abra los ojos y se acerque a ellas.

En un punto, el Dios ilusionado del Génesis, el Niño Dios que moldea con sus manos al hombre y a la mujer como si de unos compañeros de juegos se tratara; en el otro, el Dios del Gran Poder humillado, cargado con el pecado del hombre. Entre medio la verdad según Sevilla, una ciudad confiada en una Resurrección que se hace primavera de sol en los rostros del Dios de la Gloria, en las caras felices de nuestros Niños que son como hostia blanca, redonda de pan divino en la Custodia.

Sonidos y silencios de Sevilla en las manos delicadas de nuestras vírgenes de gloria. Risas y sueños de una infancia cuya historia comienza en el juego de los dedos de la Virgen del Pilar de la Catedral sobre los pies divinos del niño y continúa en San Isidoro con la traviesa mirada de un chato que es consuelo en la enfermedad de los hermanos de la Costanilla.

Gozo e ilusión de unos niños que se volverán tristeza presentida de la Cruz en los Humeros o en Dos de Mayo. Pastorcillos revoltosos que recorren la ciudad buscando ovejas escondidas entre riscos peligrosos. Señoriales niños serenos, como acabados de despertar de siesta de verano en Valvanera. Niño con carita de bueno en Santa Ana y también caprichoso y enfadado porque María no le deja jugar con las cuentas de un Rosario en San Esteban.

Un Niño cansado de zascandilear en la Puerta de Córdoba, con los cachetes colorados del sol del mediodía y que busca con ahínco la mirada de la madre en San Bartolomé; que se echa al cuello de la Virgen en Omnium Sanctorum, y que por fin, cansado de tanto juego y tanta risa, queda en el silencio de la ciudad profundamente dormido en la Macarena.

Y soñará el Niño con sonidos de cascabeles hechos de espadas y de corazas. La luna, grande de Viernes Santo, extiende las sábanas blancas, como de rayos de plata. Por Relator se acercan afiladas notas de guadañas, y antifaces y capas. La Resolana es ahora un mar de espuma que llega, que se derrama y se funde con las gentes. Y el Niño pregunta inquieto a su Madre qué pasa, que él también quiere llevar varita y terciopelo verde y llegar hasta... hasta donde pueda, y luego ya en la mañana despertarse muy temprano y por la plaza encontrarla, y venirse despacito por Relator y por Parras.

La Virgen le ha puesto al Niño la mano en la frente, nerviosa y pálida. No quiere saber aunque sabe, lo que ocurrirá mañana, cuando el viento de la noche cambie su nombre de nácar, que de llamarse Rosario, convertirá en Esperanza.

Virgen del Rosario, Virgen del Génesis, porque Dios, no contento con su obra, vio que el hombre y la mujer, y el cielo y la tierra, y la luna y el sol, eran buenos. Pero llegado el séptimo día, comprendió que le faltaba algo. Él, que todo lo ve, que conoce nuestra historia desde el principio hasta el final, cayó en la cuenta de que para lograr la Redención del hombre le hacía falta una mujer especial, y creó a María. Y entonces sí, viendo Dios que todo lo que había creado era bueno, descansó y se durmió apaciblemente en el hombro de la Virgen del Rosario.

¡Virgen sagrada! Fuente que orea  
el alma que en medio de incendios gime;  
astro que de astros mundos mil crea;  
fe que redime;  
flor que hermosea;  
madre sublime

del rabí dulce de Galilea.

Miguel Hernández

---

## El alma

Y por fin, sonidos y aromas, hombres y mujeres, pasado y presente, configuran el alma de esta ciudad, lo más esencial de ella, aquello que ha sido formado por posos de historias individuales y colectivas.

En ella tienen un papel primordial quienes llegaron a estos confines procedentes de otras tierras. Dejaron atrás familia, hogar, costumbres, y se encontraron en una ciudad huérfanos de querer. Entonces se aferraron a aquello que les unía, a lo que les hacía comunidad individualizada y les devolvía recuerdos tangibles de otros aromas y otros sonidos.

Ellos forman ya parte del alma de Sevilla. Porque sembraron sus raíces en tierra fértil y lo que era santo y seña de unos pocos es ahora también gloria de una ciudad que acoge como propios a los hombres y mujeres de Moguer, Aragón, Úbeda, Extremadura, Almería, Jaén, Higuera de la Sierra, Lucena...

Sus devociones, amasadas por siglos de oraciones de pueblos enteros, de comarcas, de regiones, se transforman con la tierra y el agua nuevas y se hacen sevillanas. Son, por su propia concepción, instituciones reducidas en número, pero grandes y agradecidas.

Virgenes sevillanas que nos traen los cantos del verdeo, la oración del pescador o el susurro del viento en los encinares. Niños que vuelan sobre las andas, salida bajo pétalos de flores en el Cabezo de Sierra Morena. Virgen de la Cabeza de San Juan de la Palma, tan pequeña y tan alta.

Virgenes de Montemayor, la Sierra, el Mar, Guadalupe, Araceli... Un rosario de geografías que quedaron impresas en Sevilla. Hijos de ese caudal de culturas somos hoy quienes formamos la urdimbre compleja de esta sociedad. Tartesios y fenicios, árabes y romanos, godos y visigodos, castellanos y aragoneses, y por fin todos, amasados por la mano de esta madre que es Sevilla, para formar el mismo barro que nos convoca a la creación de una ciudad cada mañana.

Y entre ellos, caballeros y monjes. Muchos, llegados desde la conquista por tierra y mar, y con ellos, también las imágenes que arrojaban sus preocupaciones; Pilar y Valvanera. Y otra vez el misterio hará que sea imposible desvelar por intangible el alma de la ciudad.

He vivido con vosotros, he visto vuestra particular lucha contra el olvido, contra el aire que trae arenas de silencios para dejar sepultadas la ilusión y la vida, cuando sois el recuerdo vivo de la historia de Sevilla. Caballeros aragoneses de hablar bronco, monjes castellanos de fonética sonora. Y hoy, hombres y mujeres de esta ciudad, cofrades de Sevilla sin distinción, que en San Pedro y San Benito mantienen erguida la columna sobre la que nuestra fe se asienta, la encina centenaria que un día guareció a la imagen de Valvanera y que hoy da cobijo a todo un barrio en torno al trabajo incansable de unas hermanas que, recogiendo la mejor tradición de la Iglesia, se han lanzado a los caminos de la Calzada con un solo nombre en los labios, Valvanera.

Y lo que estaba muerto resucitó con la fuerza de unos brazos; sin aspavientos, con las palabras justas y el trabajo constante y hoy son el ejemplo vivo de lo que han significado las mujeres para nuestras Corporaciones de Gloria. Familia que se une en torno a la Hermandad y no, como sucede tantas veces, familia que se disgrega a causa de la Hermandad.

Ellas han logrado el difícil equilibrio entre el tiempo necesario para la vivencia comunitaria en la Hermandad y la irrenunciable vida en familia, llevando generaciones enteras a los pies de la Virgen y, a la vez, trasladando la vida de Hermandad a la familia.

Así se han forjado y mantenido muchas de nuestras Hermandades, traspasando de generación en generación ese alma de Sevilla. Pero ese valor de permanencia, de defensa de la Hermandad a costa incluso del patrimonio personal, no puede significar hoy día, en ningún caso, patrimonialización exclusivista de las mismas, porque nuestras corporaciones pertenecen a toda una Iglesia, a todo un barrio, a toda una ciudad; y el futuro estará en abrir nuestras Corporaciones al aire fresco de cada amanecer.

Como se abrieron al mundo cuando el movimiento más genuino de Sevilla se echó a la calle y las luminarias inundaron barrios enteros que, cada tarde, se llenaban de simpecados y letanías en honor a la Madre de Dios. Cada Parroquia un Rosario, cada Rosario una Hermandad, las que permanecen son hoy timbre de Gloria, rosa de los vientos que señalan los cinco grandes misterios que rodean la ciudad; Humeros, Dos de Mayo, Macarena, San Julián, San Vicente y Triana se abren como abanico en fiesta entre las innumerables cuentas gloriosas de capillas y retablos (Maestranza, Magdalena...).

Tanto es así que, si detenéis vuestro caminar en San Julián, entre calles de rancio olor a Sevilla antigua (Lira, Moravias, Pasaje Mallol) encontraréis corralones ganados para el arte y la belleza por manos de hombres y mujeres que vistieron de repujados y bordados y duros golpes de gubia, el alma de una ciudad. Y en medio de ellos, impregnada de todo ese cúmulo de esplendor, hallaréis la tez de la Virgen del Rosario, y entonces comprenderéis que Ella es también camino de vuelta de las Américas.

Tostada por el sol de las Antillas, salió como Galeona desde Cádiz y volvió con los sabores de Chiquinquirá, con un aire dulzón a cacao y almizcle. Ella se asoma cada octubre por las tapias altas de los conventos para rezar en la intimidad de las clausuras tras el largo viaje, dejando en ellos el azúcar y la miel que devolverán a nuestros labios manos angelicales.

Las mismas que muy temprano acogerán a la Virgen del barrio de los Humeros que, sorteando una y otra vez los escollos de la historia, regresará cada doce de octubre a la calle Cardenal Spínola para girar visita a sus monjas de clausura.

Sabe la Virgen del Rosario de días borrascosos en su azarosa vida. Como si el devenir de la Hermandad se hubiera tornado navegación peligrosa por entre los bajíos de un río que sólo tiene una madre, un canal por donde deslizar segura la quilla. Pero allí, en los Humeros, encuentra su capitana y el palo mayor de la cruz fuertemente agarrado por la manos de un niño que, en pie, parece otear un horizonte que más abajo, en la calle Dos de Mayo, se hace gracioso contoneo en la cintura de la Virgen.

Así también se forjó el alma de Sevilla, exportando al mundo su ser y recibiendo del mundo su verdad transformada y aumentada, enriquecida por cientos de oraciones. Y así también han de estar nuestras Hermandades de Gloria, continuamente vigilantes para no caer en la mediocridad, constantemente alertas para no encerrarse en torres de marfil, sino para seguir saliendo al mundo, para que todos las vean, para que todos conozcan su sentir, para que todos conozcan su verdad, profunda, sincera y amable.

Como el rostro de la Virgen del Amparo. La miramos y vemos en su gesto todo cuanto hay de solidario, acogedor y tolerante en el alma de Sevilla. Ella no es sólo la imagen de esa caridad tan denostada por algunos, sino el reflejo de una solidaridad que no es frío humanismo, sino mucho más, que es familiaridad con el que sufre. Es sentir hermano con hermano las llagas en la propia piel, la soledad en nuestra propia existencia, la tristeza y las lágrimas en nuestros mismos ojos.

Si esa forma de entender la ayuda a quien lo necesita está anticuada, entonces táchennos de arcaicos, porque llevarán razón; si no está de moda, acúsennos de ir contra corriente; pero esa

es la caridad que entendemos las Hermandades; la que significa Amor con mayúsculas, la misma que llevó a un hombre a ser la Salud de sus hermanos y a cargar sobre sus hombros todos los pecados de la Humanidad.

Por ello las Hermandades de Gloria habremos de ser como las manos suaves de la Virgen del Amparo; fuertes para sostener a Dios en la izquierda, y suaves para llevar un corazón grande, muy grande, a los desheredados de este mundo. A los ancianos, a los tristes, a los desplazados de su tierra por mor del hambre o la injusticia, a los millones de niños sin cariño ni sustento, a los enfermos; allí donde se sienta la falta de la felicidad habremos de estar como hermanos, sintiendo como propios el dolor. Esa es la caridad y el amor que entendemos.

Nos faltarán recursos económicos, pero nunca fuerzas, ni hermanos para visitar, para buscar, para pedir. Y si así no lo hacemos, alguien, algún día, podrá reprocharnos que no le dimos cobijo, o vestido, o comida, o compañía. Puede que no tengamos recursos económicos, pero en los corazones de los cofrades debe estar toda la fuerza, la imaginación, la creatividad de quien se siente en posesión del conocimiento profundo del alma de Sevilla y esa es, sin duda, la Virgen del Amparo.

Como lo son esa trilogía del alma de la ciudad -la Luz, la Salud y la Alegría- que la configuran y la abren al mundo y que se desdobra cuando el fulgor reverbera en el reflejo claro de la Virgen de las Nieves. ¿Quién pudo inventar la pureza de la nieve recién caída en tu rostro, en esta Sevilla donde rara vez nieva? Y sin embargo, una vez más de la contradicción surge la belleza.

Nieves que se funden con el fuego del Amor Divino y fuego de impaciencia maternal, llamas de amor vivas, que se purifican con la blancura de la nieve. Dos conceptos enfrentados en la eterna dualidad de la Sevilla bifronte, indolente y apasionada, que se dejaría abrasar para defender un Dogma y pasaría insensible ante la pérdida de sus joyas espirituales más delicadas.

Cuántos años los Jardines de Murillo llevan sin contemplar el reflejo de plata de unos respiraderos que son glaciares derrumbándose sobre las calles. Cuántos años llevamos grabada en nuestra memoria la ráfaga caída sobre la espalda que, sólo cuando ha traspasado la ojiva de Santa María la Blanca, sube y queda enhiesta, no para realzar la belleza de la Virgen, sino para que los destellos de su sonrisa queden encuadrados en su círculo y no dañen nuestros ojos.

La Virgen de las Nieves es la Luz que en San Esteban se nos hace más cálida, más serena. Como la turba de chiquillos que, alborotando, tratan de conquistar un trozo de vela antes de la procesión. Como si en ello les fuera parte de la existencia se arremolinarán en torno a la capilla y allí, brazos en alto de impaciencia, devorarán con los ojos al hermano que, con la mejor de las sonrisas irá entregando (primero a los mayores, después a los pequeños) ese trozo de luz que formará en el primer tramo de nuevos cofrades.

La Virgen de la Luz no tiene el resplandor que nos envuelve en Santa María la Blanca. Es más farol que en la noche crea sombras fantasmales sobre fachadas ocres de calles estrechas. Es la Luz que señala un camino, que despeja tinieblas, pero que sólo nos hace intuir lo que se divisa más allá de su rostro. La Virgen de la Luz es gozo presentido de la mañana, cuando el cielo se torna del color del mar insondable, y serenidad del atardecer en la Plaza de Pilatos.

Una serenidad que se volverá torbellino de actividad en San Isidoro, cuando la Virgen de la Salud devuelva su sentido de barrio a unas calles que la ampliación de la ciudad hacia el extrarradio ha convertido simplemente en "el centro".

Y nuevamente los milagros de la ciudad se tornarán presagios de gozosas recuperaciones gracias a hombres y mujeres, mayores y jóvenes que, unidos en el amor a la Virgen pusieron sobre la peana sus mejores esfuerzos y sus más dilatados cariños para devolver a Sevilla la visión de una Virgen tan Señora, que hasta dos procesiones tiene; la grande, con músicas y

tambores, y la chica, más sencilla, más secreta, aquella en la que la Parroquia se hace más feligresía viva, porque se traslada a la Virgen para presidir su barrio.

Así, junto a la Parroquia, habrán de encontrar nuestras Hermandades de Gloria el espacio apropiado para ser más puras, más sinceras consigo mismas, para tender puentes entre una Iglesia de principios de siglo asediada por continuas dudas, y un hombre que desea reencontrarse con la protección de la divinidad y el calor del hermano.

Ello requerirá, no sólo una permanente apertura de corazón al magisterio del pastor, sino también una leal colaboración con párrocos y otros agentes de la pastoral. Porque no estamos solos, porque no somos los únicos, ni siquiera los más importantes y porque toda la acción de la Iglesia en el próximo siglo habrá de estar marcada por la unidad, o no será.

Pero también exigirá la comprensión de nuestras formas y estilos por parte de quienes, en algunas ocasiones, sólo nos consideran reliquias de un pasado, entidades sin futuro, insolidarias, ancladas en privilegios y prebendas.

Pues bien, frente a ellos, aquí estamos las Hermandades de Gloria de Sevilla, alma profunda de esta ciudad, llenas de una juventud que se hace expresión continua en los ojos de nuestras vírgenes, impregnadas de una humildad de siglos que no es conformismo en los malos momentos sino, todo lo contrario, ilusión y confianza en la fuerza del Espíritu. Aquí estamos las Hermandades de Gloria de Sevilla, vivas y vitales, sabiendo de nuestras limitaciones, pero también de nuestros retos y esperanzas. Aquí estamos las Hermandades de Gloria de Sevilla, dispuestas a seguir siendo la Salud, la Luz y la Alegría de una ciudad que tanto necesita de ellas.

Esa Alegría eres tú, Señora de San Bartolomé; tan metida en ti misma, que apenas divisas otras calles; tan solitaria en tu exilio, que apenas puedes reconocer las esquinas y los naranjos, los cierros y balcones que una vez se colgaron de vivos colores.

Eres Tú, Señora de la Alegría, la misma que canta el salmo: "tu Dios te ha ungido con óleo de alegría más que a tus compañeros", la misma que, inocente y confiada, rezaba en Nazaret antes de que Dios cambiara la Historia; la misma que, segura de las palabras de Jesús, espera en la Buena Nueva del Domingo de Resurrección los besos de tus hijos en tus dedos, tan finos, tan alargados, que parecieran peinecillos de coral en la aurora dichosa del Domingo de Gloria.

Se asemeja tanto tu barrio al Nazaret feliz de tu infancia, de calles estrechas, de recovecos, esquinas que se abren a tu paso. La manigueta parece quedar incrustada en el saliente de la casa, se diría que no pasa; no, es imposible. Y si pasa la manigueta no lo hará el candelabro, y si pasa este, no lo hará el aire.

Unos ojos se asoman incrédulos a una pequeña abertura en el muro. Los nardos y gladiolos se apretujan a tus plantas, y pasa, vaya si pasa la Virgen, y llega hasta nosotros hermosa, llena de Fe y de Alegría, llena de sevillanía. Y nos trae el alma de Sevilla; por eso hoy te pedimos que llenes nuestras Hermandades de tu Alegría. Y que con tu gracia, nuestros barrios vuelvan a colgar colchas y mantones y vuelva a sonar el jobel, el cuerno del jubileo sobre los antiguos muros del Templo. Alegría del pueblo de Israel tu rostro de mujer hermosa, madura como viña al final del verano.

Hoy estamos aquí todos, Reina de la Alegría; tus hermanos, los que te cuidan y miman estás donde estás, pero también nosotros, los que te buscamos en el caminar de nuestra vida ansiosamente.

Reflejo de la felicidad tu nombre, puerta de la Gloria "Servir a Dios con alegría", camino seguro para que tu Alegría sea la nuestra el que la nuestra sea la tuya.

Alegría de ciudad abierta al mundo, de explosión de aromas y sonidos, de marchas armoniosas, de trompetas bajo el manto de la Virgen. Alegría tu rostro nacarado, Alegría el



Niño que sustentas. Virginal lección para los cofrades que hoy te miran, que se extasían, que enamorados te esperan.

Tantos siglos aguardando que alguien llegara, que alguien viniera, a descubrir el sentido del alma de una ciudad, sin saber que ahí escondida, en San Bartolomé se encontraba la esencia del trinar armonioso de los pájaros, la gracia de nuestras mujeres, la sonrisa de nuestros niños, las notas de las canciones; que allí en San Bartolomé, se encontraba la Alegría.

Que tan sonoro es tu nombre, tan profundo, tan lleno de brisa fresca, que ni Señora ni Reina, ni Madre ni Virgen Nuestra, pueden guarecerlo. Tanto se desborda tu nombre que ni siquiera nuestro corazón puede cercarlo de calificativos, de explicaciones, de versos, de salmos. Tan grande y redondo es tu nombre, y a la vez tan voluble, tan fugaz, tan escurridizo, que tememos que se nos escape de los labios y no vuelva nunca más.

Por ello permite, Señora, que encerrado entre las páginas del pregón tu nombre quede inestable, casi sin escribir por miedo a perderlo y que en su lugar se desparrame como lluvia fecunda por nuestras Hermandades de Gloria para que sigan siendo esencia de esta ciudad, sonido y aroma, alma y ser de esta Sevilla que a todos nos gustaría vivir como ciudad de la Alegría.

Cuanto más alto llegaba  
de este lance tan subido,  
tanto más bajo y rendido  
y abatido me hallaba;  
dije: "¡no habrá quien alcance!";  
y abatíme tanto tanto  
que fui tan alto tan alto,  
que le di a la caza alcance.  
Por una extraña manera  
mil vuelos pasé de un vuelo,  
porque esperanza de cielo  
tanto alcanza cuanto espera;  
esperé solo este lance  
y en esperar no fui falto,  
pues fui tan alto tan alto,  
que le di a la caza alcance.

San Juan de la Cruz

---

## V- La Gloria en la ciudad.-

Esa alegría ha de transformarse ahora en sincero agradecimiento, porque se nos ha dado el privilegio de pregonar la gloria de Sevilla, las glorias de María; de dibujar sobre el papel el cuadro que la ciudad pinta cada año en honor de la Madre de Dios. Si la pincelada fue burda, gruesa, llena de retoques e imperfecciones, achacadlo todo a la torpeza del pregonero que, eso sí, puso en ella todo su cariño y su saber. Si por el contrario el pincel se volvió ágil y logró combinar colores y dibujar el aire y el espacio y el aroma y el alma de la ciudad; entonces, habréis de convenir conmigo que el mérito fue sólo de Dios, la Virgen y... vuestro, que rezasteis y que pusisteis en la voz de quien os habla el peso de siglos de sabiduría cofrade y que llegasteis a esta Catedral con la esperanza de escuchar en mis labios vuestras palabras. Gracias a todos.

Gracias, mi querido señor Arzobispo, tened la seguridad de que entre estos cofrades tiene la Iglesia de Sevilla una de sus más firmes esperanzas de futuro y que en ellos siempre hallará la mano tendida, el brazo firme y el corazón abierto.

Gracias, querido Antonio. Permite que a ti, y a mis hermanos de la Junta Superior os llame sólo hermanos. Sois los responsables de un nombramiento que llenó de gozo el corazón de tantos, para revivir quizás, una historia comenzada a escribir hace más de treinta años.

Gracias a las dignísimas autoridades que nos acompañaron. Quizás se hayan abierto vuestros ojos a una nueva Sevilla o quizás sólo se avivó en vuestros corazones un recuerdo. Sea como fuere, tened siempre en cuenta que las Hermandades de Gloria de la ciudad no son una historia encerrada entre las páginas de un libro, sino la verdad que completa el alma de esta ciudad.

Pero quedaría incompleta esta página de agradecimientos si no vinieran a nuestro recuerdo aquellos que -últimos responsables del pregón- nos enseñaron a vivir y querer nuestras Hermandades, a descubrir sus secretos y sus tesoros y a comprender que, amándolas, no sólo alcanzábamos a contemplar la gloria de una ciudad, sino también, la misma imagen de la gloria grabada en la ciudad a fuerza de belleza.

Hubo un día en que cuatro muchachos, apenas unos niños, con menos ganas que curiosidad, llegamos a las puertas de aquella iglesia, grande y acogedora. El frío de aquella tarde de otoño presagiaba la llegada de la perdida normalidad. Una vieja, de no muy alto porte y delantal de rayas azules aventaba la abollada chimenea blanca donde el incienso pagano del carbón, la sal y las castañas formaba pesadas columnas de humo sobre el carrillo verde de madera.

Subimos las empinadas escaleras tras las que habíamos intuido en más de una ocasión el secreto de una sala que guardaba el patrimonio de siglos de sacrificios en torno a la Hermandad. El ascenso fue lento; quizás por temor a que aquello que se nos descubría no nos gustase o simplemente porque nuestras pequeñas piernas apenas permitían llegar con holgura a la siguiente etapa de los altos escalones.

Fue entonces cuando la luz de una tenue bombilla, medio enganchada dentro de un farol, fue dando paso a un horizonte de objetos que ya habíamos visto en movimiento en cultos y procesiones y que allí, en las vitrinas, sólo para nosotros, tornaban su aspecto de sesuda obra de arte en algo cercano y familiar.

Primero fueron aquellos cuadros antiguos, amarillentos, manchados por humedades y alguna gota de cal extraviada de su curso; después la historiada cenefa que coronaba la vitrina del simpecado; más tarde el mismo simpecado y la parte superior de los ciriales, envueltos en extrañas y coloristas fundas de tela verde, por fin San Gabriel; hasta que, situados ya en el último escalón, las vitrinas se abrieron a nuestros ojos exhibiendo un sin fin de cálices, incensarios, demandas, custodias... Aquello era lo que la Hermandad conservaba con tanto celo como a sus propios hermanos; y allí, conscientes de cuanto se ponía en nuestras manos, habríamos de comenzar el camino que nos ha conducido hasta este atril.

Nos sentamos, uno en un viejo arcón de maderas resacas, otros en inestables sillas de enea, barnizadas en innumerables ocasiones. En cualquier caso, incómodos y con cierto frío centramos nuestras miradas interrogantes en aquellos dos hombres (cofrades hasta la última médula de su ser) que sin mucha idea de pastoral ni catequesis y por supuesto, sin ningún conocimiento de dinámicas de grupos o algo parecido, tomaron aquello que sabían no podía fallarles, un pequeño libro de pastas azules, apenas unas cuantas páginas con los Evangelios, con la Palabra del Señor, con Cristo.

Empezamos a vivir entonces lo que habíamos aprendido en libros y catequesis. La Hermandad, como en tantas otras ocasiones, evitó la fractura entre una religión aprendida y una religión vivida. Luego llegaron otros hombres y mujeres, otros jóvenes, y fueron muchas la manos que se unieron para formar, sobre todo y por encima de todo, un ideal de cariño en torno a Dios y a María.

Se bajaron los santos del altar, la Virgen subió como llevada por ángeles y la ráfaga quedó sobre sus hombros como un arco iris que hubiera fundido en brillos dorados su paleta de

colores y que unía Sevilla con la Gloria. Los pliegues del manto se dibujaron con la perfección simétrica de un delineante dejando sobre los dedos de San Gabriel la responsabilidad de mantenerlos igualados.

San José pasó su mano por la espalda de la Señora, los candelabros se aferraron fuertemente a las trabajaderas y por primera vez también bajamos al mundo oscuro donde habíamos visto introducirse, en días de procesión, a unos extraños hombres a los que todavía no sabíamos por qué les llamaban ratones y que eran mandados por dos hermanos con cara y modales de buena gente.

Alguien subió muy cerca de Ella y colocó hábilmente los sucintos pliegues de una toca. Tomamos al Niño con cierto reparo en nuestros brazos y entonces comprendimos que aquello era la Hermandad, la unión de los hermanos en torno a un Dios y a una Virgen.

Una a una fueron ocupando su lugar en el rompecabezas las distintas partes del respiradero y la crestería. Con manos firmes, un sacristán de corazón grande daba las vueltas exactas a guardabrisas y codales que luego eran probados con un leve toque que los hacía balancear ligeramente hasta que ellos mismos, en ese cabeceo, asentían a la prueba dando el consentimiento de que la maniobra se había realizado con total perfección.

Y por fin, San Miguel, el culmen de la obra acabada, nuestro giraldillo particular, subía al paso y quedaba, inestable, ingravido, venciendo siempre a un dragón que de tan bello no producía miedo. El triunfo del bien sobre el mal, de lo perfecto sobre lo imperfecto, de lo bello sobre lo antiestético, de la Sevilla profunda y sabia sobre la Sevilla kitch y zafia.

Nos sentamos bajo la penumbra del alto artesonado de madera y contemplamos la Gloria en Sevilla. Allí estaban todos, los predicadores, los patriarcas, los mártires, las vírgenes, los confesores, los apóstoles, ángeles y arcángeles, nuestros padres y nuestro hijos; y en el centro Ella, la divinidad cercana y amable, como en Nazaret, como en Ain Karim, junto a la primera infancia de un Jesús revoltoso, manchado por el polvo de las calles y plazas donde jugaba con sus amigos, adormilado frente a la lumbre del hogar con los cuentos orientales que María le contara.

Allí estaba Ella, como siempre, erguida, esperándonos a todos para hacernos un lugar en la santidad, un lugar en esa gloria que ahora sí, no era algo inconcreto ni irreal, sino cercano y vivo, muy cercano y muy vivo.

Con aroma de incienso y cinamomo, de cedro abierto del Líbano, incorruptible ante los ataques de los tiempos, inalterable en su sonrisa recién estrenada cada día. La llamamos de tantas formas que perdemos la noción del tiempo y el espacio a sus plantas. Reina, Señora, Madre, Auxilio en nuestros problemas, Amparo en la tribulación, Salud del cuerpo y Luz de nuestros ojos, Alegría del alma y Pastora bendita de nuestro caminar, Reina de los Reyes y de los Santos de este mundo y por encima de todo María.

En Ella confiamos nuestro corazón jurando una y otra vez aquello en lo que creemos, con la seguridad de que un día podremos "besar la mano de nuestra Reina de cielos y tierra". Porque así os lo asegura una Virgen en Omnium Sanctorum, que la Gloria habrá de ser como una tarde serena de noviembre en la calle AnchalaFeria, entre un manto rojo de Amargura por no llegar a verla y otro verde de Esperanza.

Así os lo aseguran una Reina y unos hombres y mujeres, cofrades de Sevilla, que de tanto vivir a su lado hemos llegado a la suprema verdad de que allí, junto al Niño que se agita inquieto, se vive ya la gloria, si no eterna, sí al menos sevillana, y que esa gloria nos viene de la mano de la mujer a la que cuidan los siglos, la Señora, la Reina de Todos los Santos.

---

## Epílogo

Ahora que ya el pregón toma el curso tranquilo y sereno de la desembocadura que de forma indefectible le conducirá al mar de los recuerdos, ahora cuando el tradicional

## **HE DICHO**

---

se enreda entre las rejas de capillas y se escuchan el chirriar de goznes y cerrojos, precursores del silencio y la soledad; precisamente ahora, permitid al pregonero una última licencia. Dejad que vuelva a ocupar la esquina, el sillón de donde quizás nunca debió levantarse y sean otros lo que suban al centro de esta tribuna, otros los que queden aquí delante.

Cada uno ponga los nombres grabados entre las miles de páginas de actas de su Hermandad con la tinta del cariño; cada uno añada la imagen cercana de una mirada, un gesto y hasta una voz que nunca se olvidarán.

Como cada vez que acabamos nuestros cabildos, igual que cuando caen los zancos tras la última chicotá, colocados aquí, en el centro, uno a uno, queden pues los hermanos que nos precedieron en la Fe y en el trabajo de nuestras Hermandades, y entre ellos dejad que mi padre (privilegio de pregonero) ocupe hoy un lugar central. Ellos son los que verdaderamente merecen una última muestra de vuestro cariño.

Porque ellos, hoy que ganamos el Jubileo del 2000 aniversario de la Encarnación del Niño Dios, son más que nunca la alegría que nos llenó el corazón al transmitirnos lo que hemos pregonado al aire de Sevilla; porque ellos, hoy también, siguen siendo la mejor de las Glorias de nuestra Iglesia, la mejor de las Glorias de Sevilla, la mejor de las Glorias de María.

**Muchas gracias.**